

los hombres, convenimos en que fué mas instructiva, mas profunda, mas digna que las que la Providencia dá á las naciones, dada por aquel soldado heróico y unos republicanos convertidos á la monarquía hacia muy poco, y para quienes se hacia tarde vestirse de púrpura sobre los restos de una república de diez años á que prestaron mil juramentos. Por desgracia, Francia, que pagó con su sangre su delirio republicano, estaba espuesta á pagar con su grandeza su improvisado celo monárquico, pues si no hubiese habido reyes franceses en Westfalia, Nápoles, y España, no hubiera perdido Francia como perdió el Rhin y los Alpes: es verdad que en todo y por todo estaba destinada á servir de leccion al universo, lo cual es una gran desgracia para una nacion, pero tambien le resulta de ello una gloria inmensa.

Como cuando se verifica un cambio se necesitan hombres, que se encarguen de realizar las ideas que germinan en todas las cabezas, es decir instrumentos, hallose uno perfectamente adecuado para promover la revolucion que se preparaba. Este hombre no era otro que Mr. Fouché, quien por un resto de sinceridad, habia criticado hasta entonces la rapidéz con que iba verificándose la reaccion, y aun habia obtenido favores de la señora de Bonaparte, participando de los temores que la misma abrigaba; pero por este mismo motivo cayó en desgracia para con su ambicioso marido. Semejante ingrato papel de desaprobar en secreto lo que el primer consul intentaba, costó á Mr. Fouché un ministerio, de suerte que no quiso seguir haciendolo por mas tiempo, y abrazó

el partido contrario, dirigiendo espontáneamente á la policia en el descubrimiento de la última conspiracion, lo cual le valió el ser respuesto en su destino. Viendo despues lo exasperado que estaba el primer consul contra los realistas, halagó su furor, induciéndole á que inmolasen al duque de Eughien, y si penetró en el alma de algun hombre de aquella época el pensamiento que muchos han atribuido al primer consul de querer celebrar un pacto sangriento con los revolucionarios, obteniendo la corona en premio de un hecho atroz, seguramente fué en la de Mr. Fouché, quien no solo aprobó la muerte del duque de Enghien, sino que fué el mayor partidario del derecho de sucesion, aventajando en celo monárquico á M.M. de Talleyrand, Roederer y Fontanes.

El primer consul no tenia necesidad de que le animasen para aspirar al trono, pues deseaba ascender al rango supremo, y no por que este fuese su constante pensamiento desde sus campañas de Italia, ni aun desde el 18 de brumario, como han supuesto vulgares historiadores, por que no concibió á la vez todos los deseos, habiendo crecido al contrario su ambicion por grados, ni mas ni menos que su fortuna. Cuando se vió al frente de los ejércitos, conoció que podia subir mas en la esfera de la gobernacion, y aspiró á mandar la República; colocado á tal altura, columbró mas alto aun el consulado perpétuo, y tambien aspiró á él, y así que lo logró, como vieses desde su elevacion que el trono no estaba lejos, quiso ser rey. De este modo camina siempre la ambicion humana, sin que esto sea un crimen, pero los hombres previsores veian no poco riesgo en esa ambicion

escitada sin cesar y sin cesar satisfecha, pues con satisfacerla no se hacia otra cosa si no escitarla mas y mas.

Todo el hombre dotado de genio, por muy atrevido que sea, duda sino tiembla, en el momento de ir á apoderarse de un poder que no le pertenece naturalmente; en semejante situacion un pudor involuntario asalta al mas ambicioso y no se atreve á confesar sus deseos abiertamente aquel que los abriga. El primer consul daba muy poca cuenta á sus hermanos de los negocios de estado, pero siempre que se trataba de su grandeza personal, les abria su corazon, hallando en ellos confidentes tanto mas seguros cuanto que ardian en deseos de ser principes, á lo cual se debió que mirasen con despecho y como una tentativa frustrada el establecimiento del consulado vitalicio. En la época de que se trata iba á dejar á Paris José, y Luciano estaba ausente, pues por una nueva inconsecuencia de su modo de obrar, se habia casado con una viuda bella pero muy poco adecuada á la posicion que ocupaba la familia de Bonaparte, de resultas de lo cual se indispuso con el primer consul, y se retiró á Roma, donde pasaba por desterrado, buscando en las artes el desquite de la ingratitud de su hermano. Laetitia Bonaparte, que se cubria con la capa de la modestia, y hacia gala de no haber olvidado que nació pobre, ocultaba algunas de las pasiones de una emperatriz madre, y continuamente se estaba quejando, aunque sin motivo, á Napoleon, mostrando por su hijo Luciano una preferencia tan marcada que le siguió á Roma. Viendo esto el primer consul, siempre cariñoso para con sus parien-

tes, aun cuando tuviese razones para censurar su conducta, recomendó su madre y hermano á Pio VII, diciéndole que su hermano iba á Roma por que era muy aficionado á las artes, y su madre en busca de un clima benigno, recomendacion que acogió perfectamente el santo padre, dispensando á sus ilustres huéspedes las mayores atenciones.

Tambien estaba disgustado José, y á no ser por que la historia se ha tomado el trabajo de contárnoslo, no podriamos figurarnos el motivo de su disgusto; como que se picó porque el primer consul quiso nombrarle presidente del Senado, y cuando Mr. Cambaceres fué á ofrecerle de parte del primer consul el espresado cargo se negó á admitirlo con un tono que revelaba lo resentida que se hallaba su dignidad. Su hermano, á quien no le gustaba la gente ociosa, le dijo que si aspiraba á la grandeza, fuese á buscarla á donde él la habia encontrado, esto es, en el ejército; y nombrado José coronel del cuarto regimiento de línea, iba á partir para Boloña en el momento en que se ventilaba la gran cuestion del restablecimiento de la monarquia, por manera que al primer consul le faltaban dos de los confidentes con quienes departia con gusto acerca de los asuntos concernientes á su propia grandeza. Mr. Cambaceres á quien solia participar casi todo, tuviese ó no relacion con su persona, le evitó, cuando se trató de que el consulado fuese vitalicio, el apuro de tener que confesar lo que deseaba, tomando la iniciativa y haciéndose instrumento de lo que todos aprobaban. Pero en la época de que vamos hablando Mr. Cambaceres callaba por dos

razones, una buena y otra mala. La buena consistía en que gracias á su extraordinaria prevision, tenia los arrebatos de una ambicion sin limites, pues como hubiese oido hablar del imperio de las Galias, del imperio de Carlo-Magno, temblaba no fuera á sacrificarse á empresas gigantescas la grandeza estable del tratado de Luneville, de resultas de la elevacion del general Bonaparte al trono imperial. La otra razon, no tan buena como la anterior, era de interés propio, pues iba á mediar entre él y el primer consul toda la altura del trono, y á convertirse de compartípe que entonces era de la soberanía, por muy pequeña que fuese la parte que en ella tenia, en simple súbdito del futuro monarca, por lo cual no ayudaba como otras veces con su influencia al gefe del gabinete. En cuanto al tercer consul Mr. Lebrun, aunque podia contar con él para todo, como no se mezclaba mas que en el gobierno interior de los pueblos, no le era dado utilizar sus servicios.

Mr. Fouché llevado de su celo convirtiése espontáneamente en agente del cambio que se preparaba, y acercándose al primer consul, cuyos secretos deseos habia adivinado, le hizo presente lo necesario que era tomar un partido pronto y decisivo, y la urgencia que habia de poner término á la ansiedad de Francia, colocando la corona en sus sienes y consolidando definitivamente la situacion creada por la revolucion; le mostró todas las clases de la nacion animadas por un mismo sentimiento é impacientes por proclamarle emperador de la Gاليا, ó emperador de los franceses, segun conviniera á su política ó fuese de

su agrado; volvió varias veces á la carga, formando empeño por darle á conocer las ventajas que debian resultar, de aprovechar un momento en que alarmada Francia por el riesgo que habia corrido la vida del primer consul, se hallaba dispuesta á conceder todo lo que la pidieren; y por último, casi pasó de las exhortaciones á la crítica, reprendiendo al general Bonaparte por lo indeciso que se mostraba. Desde el suceso de Vincennes vivia el general en la Malmaison, y allí iba sin cesar Mr. Fouché, y cuando no podia avistarse con el primer consul porque hubiese salido á paseo ó á otra parte, pegaba con Mr. de Meneval, su secretario interino, y le demostraba estensamente las ventajas de la monarquía hereditaria, y no solo de la monarquía, sino de la aristocracia, como apoyo y ornamento del trono, añadiendo que si el primer consul queria restablecerla, él estaba pronto á defender lo acertado de aquella nueva creacion y aun si era preciso á hacerse noble.

Tal era el celo que desplegaba aquel antiguo republicano, convencido completamente de los errores que cometiera: su actividad é inquietud escitadas entonces mas que de costumbre, hacian que se moviese mas de lo necesario; de suerte que se agitaba como esos hombres que quieren se les conceda el mérito de haber impulsado lo que marcha por sí solo.

Efectivamente, pocos eran los que no se hallaban dispuestos á secundar los deseos del primer consul, pues viendo Francia que el tiempo habia ido preparando un soberano, que por lo demás la colmaba de gloria y de beneficios, no que-

ria negarle el título que mas grato fuese á su ambicion ; y los cuerpos del estado, así como los gefes del ejército que sabian cuán imposible era hacer resistencia , y que habian visto en la ruina de Moreau el riesgo de una oposicion intempestiva, salian al encuentro del moderno César para distinguirse por su celo y aprovecharse de una elevacion que ya no era tiempo de impedir. Esto demuestra que los hombres se hallan dispuestos por lo regular á explotar la ambicion que no pueden combatir con buen éxito, y á consolarse de la envidia saciando su codicia. Solo habia un apuro, el de resucitar palabras que ellos mismos habian condenado, y repudiar otras que habian adoptado con entusiasmo; pero esto era fácil teniendo la precaucion de elegir el título que debia conferirse al futuro monarca, esto es, dándole el nombre de emperador y no de rey , con lo cual desaparecia en parte la dificultad ; además de que para sacar á la generacion presente de semejante apuro, nadie mejor que un antiguo jacobino como Mr. Fouché , quien debia dar egemplo á todos, tanto al soberano como á los súbditos , pronunciando antes que nadie las palabras que otros no se atrevian á soltar.

Todo esto lo arregló Mr. Fouché en union con algunos empleados del Senado, y el primer consul lo aprobó fingiendo que en nada se mezclaba; pero como todos temiesen tomar la iniciativa en los periódicos franceses porque dependiendo como dependian absolutamente de la policia , su opinion hubiese pasado como impuesta por ella, echóse mano de los agentes secretos que el gobierno francés tenia en Inglaterra. Gracias á

ellos, se dijo en ciertos periódicos ingleses que desde la última conspiracion se mostraba el general Bonaparte inquieto , taciturno y amenazador; que en París reinaba la mayor ansiedad; que esto era la consecuencia natural de una forma de gobierno en que toda la máquina descansaba en solo un hombre, y que por lo mismo las personas pacíficas deseaban se estableciese en favor de la familia de Bonaparte el derecho hereditario , con lo cual se daría al orden actual de cosas la estabilidad que le faltaba. De este modo la prensa inglesa , que por lo regular se ocupaba en difamar al primer consul , sirvió aquella vez de vehículo á su ambicion, pues reproducidos y comentados aquellos artículos en Francia, causaron gran sensacion, dando la señal que se esperaba. Habia reunidos en aquella época muchos colegios electorales en el Yonne, el Var, los Pirineos altos, el Norte y la Roer, siendo fácil conseguir dirigieran esposiciones en favor de la monarquía, y así se hizo, escitando tambien para lo mismo á los consejos municipales de las poblaciones importantes, como por egemplo Leon, Marsella, Burdeos y París. El mismo impulso se dió á los campamentos situados á lo largo del Océano, siendo allí mayor que en ninguna parte la fermentacion, pues la clase militar era por lo general la mas adicta al primer consul, exceptuando á cierto número de oficiales y de generales, republicanos sinceros unos, y animados otros de la antigua rivalidad que tenia desunidos á los soldados del Rhin y de Italia, la mayor parte de los gefes del ejército conocian que si elevaban al trono de Francia á un guerrero, podian ellos ascen-

der tambien , de suerte que se hallaban dispuestos á tomar la iniciativa y á proclamar por sí un emperador, como tantas veces sucedió en el imperio romano. Así es que el general Soult escribió al primer consul que habia oido á generales y coroneles y todos pedian se estableciese una nueva forma de gobierno , estando prontos á dar al primer consul el titulo de emperador de las Galias , esperando únicamente que les dijese lo que debian hacer. Al mismo tiempo circulaban peticiones por el mismo estilo en las divisiones de dragones que estaban acampadas en Compiègne, y se iban llenando de firmas , debiendo llegar á París de un momento á otro.

El domingo 4 de germinal (25 de marzo), algunos días despues de la muerte del duque de Enghien, recibió el primer consul varias exposiciones de colegios electorales, presentándole una de ellas un amigo suyo, el almirante Ganteaume , presidente que era del colegio del Var. En dicha exposicion se decia en términos formales que no bastaba *prender, echar mano y castigar* á los conspiradores , sino que era preciso asegurar el reposo de Francia, y poner término á la ansiedad que en ella reinaba, estableciendo un sistema de instituciones que consolidase y perpetuase el poder en el primer consul y su familia. Otras exposiciones se leyeron en la misma audiencia; pero nada es comparable á la manifestacion que despues tuvo lugar. Nombrado presidente del Cuerpo legislativo, Mr. de Fontanes , quien obtuvo aquel cargo porque contaba con el favor de la familia de Bonaparte, á pesar de que era digno de desempeñarlo por solo su talento, debia cumplimentar al

primer consul con motivo de haberse acabado una obra inmortal, á saber el código civil. Este código, fruto de tanto saber, monumento de la firme voluntad y el talento universal del gefe de la República, se habia concluido en aquella legislatura, y agradecido el Cuerpo legislativo resolvió consagrarle un recuerdo, colocando en la sala donde celebraba sus sesiones el busto del primer consul hecho de mármol. Esto es lo que iba á anunciar Mr. de Fontanes , y seguramente que entre todos los títulos que adornaban al hombre á quien querian cubrir de gloria, no habia ninguno que pudiera recordarse con mas oportunidad en el momento en que iban á hacerle soberano hereditario de un país que habia organizado gracias al genio de que el cielo le dotó. Admitido, pues, Mr. de Fontanes á presencia del gefe del gabinete, se espresó de esta manera :

CIUDADANO PRIMER CONSUL.

«Hace cuatro años que vive tranquilo á la sombra de vuestro poderoso gobierno un imperio inmenso, y gracias á la bien entendida uniformidad que habeis introducido en las leyes, van á estrecharse mas y mas los vinculos que ya unen á todos los ciudadanos. El Cuerpo legislativo no podia pasar sin consagrar una época tan memorable, y así ha decretado se coloque vuestra imagen en la sala donde celebra sus sesiones, para que le recuerde eternamente los beneficios que os debe, y las obligaciones que para con vos tiene contraidas el pueblo francés que ha puesto en vos toda su esperanza. Siempre ha callado cual-

quier otro derecho ante el que dá el ser á un mismo tiempo conquistador y legislador, confirmando en vuestra persona el voto nacional, de suerte que no es de temer haya quien abrigue el criminal designio de oponer la voluntad de Francia á lo que ya ha sancionado. ¿Iria á desunirse por recuerdos que ya pasaron, cuando está unida por todos los intereses presentes? No, porque solo tiene un gefe que la gobierne, y ese gefe sois vos, porque solo tiene un enemigo, y ese enemigo es Inglaterra.

Podrán las tempestades políticas haber arrojado aun á los mas sabios en senderos por donde no creian tener que caminar; pero así que vuestra mano enarboló el estandarte de la patria, todos los buenos franceses se agruparon en derredor suyo, siendo contados los que conspiran desde tierra enemiga, renunciando irrevocablemente á la tierra natal. Empero ¿qué es lo que pueden oponer al ascendiente de que estais rodeado? Vos teneis ejércitos invictos que os defiendan, y ellos libelos y asesinos; y mientras que al pié de los altares que vos habeis levantado se hacen votos por la conservacion de vuestra vida, ellos se ocupan en ultrajarlos por medio de algunos órganos oscuros de la rebelion y las ideas supersticiosas, probando lo impotentes que son con todos sus complots, y que es una locura querer luchar contra lo dispuesto por la suerte, pues solo se logra fijarla mas y mas. ¡Ojalá sigan como los demás el impulso irresistible que arrastra tras sí al universo, y mediten en silencio sobre las causas que labran la ruina de los imperios ó los levantan á gran altura!»

Semejante abjuracion de los Borbones hecha delante del hombre designado para ser monarca, de un modo tan solemne, por muy indirecta que fuese, era sumamente significativa; pero sin embargo, el gobierno no quiso dar publicidad á aquellas manifestaciones hasta que el Senado, que era el cuerpo del estado mas elevado, y debia tomar la iniciativa con arreglo á lo dispuesto en la constitucion, no diera el primer paso.

A fin de conseguir esto, era necesario entenderse con Mr. Cambaceres, que dirigia el Senado, y para ello era preciso tener una esplicacion con él, y tratar de asegurar su cooperacion, no porque fuese de temer hiciera alguna resistencia, sino porque su desaprobacion aunque solo la manifestase con su silencio, era un verdadero contratiempo en una circunstancia en que tanto importaba hacer creer que el entusiasmo era general.

En consecuencia el primer consul mandó llamar á la Malmaison á M.M. Lebrun y Cambaceres, pero como podia persuadir con mas facilidad al primero porque era partidario decidido de la monarquía, le llamó antes que á su compañero, no necesitando hacer ningun esfuerzo para conseguir su aprobacion. Mr. Cambaceres, que no estaba contento con lo que se preparaba, llegó cuando ya se hallaba muy adelantada la conferencia, y el primer consul despues de hablarle de la disposicion que se advertia en los ánimos, como si él nada tuviese que ver en ello, le preguntó qué opinaba acerca del restablecimiento de la monarquía.

—No me engañé, le respondió Mr. Cambaceres, en creer que de lo que se trataba era de esto;

veo que tal es el objeto que todos se proponen alcanzar, y lo siento.—Entonces, disimulando aunque mal el disgusto que le causaba el proyecto en cuestion por motivos personales y por razones de prudencia, manifestó al primer consul las razones en que fundaba su opinion. Le dijo, pues, que los republicanos estaban descontentos porque ni siquiera querian dejarles el nombre de la quimera en que habian soñado, y los realistas indignados al ver habia quien tenia el atrevimiento de levantar el trono para no sentar en él á un Borbon; mostró el riesgo que podía resultar de querer retrogradar tanto que con solo poner una persona en lugar de otra quedaria restablecida la antigua monarquía; refirió lo que decian los realistas, quienes se jactaban de tener en el general Bonaparte un precursor encargado en ir preparando la vuelta de los Borbones; alegó el inconveniente que llevaba consigo un nuevo cambio, sin que sirviese para otra cosa que para dar un vano título, porque el poder del primer consul no tenia límites, y soltó la observacion de que muchas veces es mas arriesgado variar los nombres que las cosas; manifestó lo difícil que era conseguir que Europa reconociese la monarquía que querian fundar, y sobre todo que Francia hiciese el esfuerzo de sostener por tercera vez la guerra, caso de que fuese preciso recurrir á este medio para arrancar el reconocimiento á las cortes europeas fundadas desde antiguo; y empleó, por último, muchas razones, escelentes unas, y medianas otras, para robustecer su opinion, todo con un tono de mal humor, extraño en un personage tan mesurado. Sin embargo, no se atrevió á alegar otras mejo-

res que conocia perfectamente; á saber, que el contentar una ambicion tan grande era lo mismo que darle rienda suelta, pues si concedian al general Bonaparte el título de emperador de los franceses, le predisponian á que desciese el de emperador de Occidente, al cual aspiró despues aunque en secreto, causa poderosísima, entre otras, que le indujo á querer traspasar todos los límites. Como sucede á todos los hombres que se hallan incomodados, Mr. Cambaceres no dijo lo mejor que tenia que decir, y quedó derrotado, pues el primer consul que tan reservado se mostró cuando se trató de establecer el consulado perpétuo, dió el paso que otros no querian dar, confesando francamente á su compañero Cambaceres que pensaba ceñirse la corona, y declarando por qué. Para ello sostuvo que Francia queria un rey, lo cual era evidente para todo el que supiera observar el espíritu público; que de dia en dia iba abandonando las locuras á que se entregó por un instante, y que entre todas ellas no habia una tan insigne como la de República; que Francia estaba tan desengañada, que llamaria á un Borbon si no la daban un Bonaparte; que la vuelta de los Borbones seria una calamidad, porque equivaldria á una contra-revolucion, y que lo que es él, sin que esto fuese desear adquirir mas poderio, se dejaba llevar en aquella ocasion de una necesidad que todos sentian, y del interés que le inspiraba la causa de la revolución; y que por lo demás era muy importante tomar un partido, pues tal era la situación de los ánimos en el ejército, que tal vez le proclamarían emperador en los campamentos, siendo preciso evitarlo, porque de

otro modo tendria su elevacion al trono visos de una escena pretoriana.

Estas razones hicieron muy poca mella en Mr. de Cambaceres, porque no tenia muchos deseos de salir convencido, y cada cual se quedó en sus trece, sintiendo haber avanzado demasiado.

Semejante resistencia de parte de Mr. Cambaceres puso obstáculos por el pronto al proyecto del primer consul, quien viendo esto fingió menos impaciencia que la que realmente tenia, y dijo á sus dos compañeros que no se mezclaria en nada, dejando por el contrario, entregado á si mismo el movimiento que se notaba en los ánimos. A poco se separaron, descontentos unos y otros, y Mr. Cambaceres regresó á París á media noche en compañía de Mr. Lebrun, á quien dirigió estas palabras:—No hay remedio, la monarquía se restablece; pero tengo presentimientos de que no durará mucho el edificio que tratan de levantar. Hasta ahora hemos estado en guerra con la Europa, por querer darla repúblicas hijas de la nuestra; pero de hoy mas pelearemos por querer darla monarcas hijos o hermanos del nuestro, y cansada Francia de semejantes locuras, acabará por sucumbir.

La desaprobacion de Mr. Cambaceres era la mas inofensiva de las resistencias que podian hacer, de suerte que Mr. Fouché y sus auxiliares continuaron obrando á su antojo, presentándoseles para ello una ocasion escelente. Siendo como era, costumbre dar cuenta al Senado de todos los sucesos importantes que ocurrian en el estado, leyóse en dicho cuerpo un informe del juez supremo

acerca de las intrigas de los agentes ingleses Drake, Spencer Smith y Taylor, y como era preciso contestar á la comunicacion del gobierno, nombró el Senado una comision para que propusiese lo que debia contestarse. Viendo los encargados en trabajar por el restablecimiento de la monarquía, lo favorable que era para sus intentos aquella circunstancia, trataron de persuadir á los senadores habia llegado el tiempo de tomar la iniciativa, diciéndoles que el primer consul se hallaba indeciso, pero que era necesario destruir su indecision, poniendo en su conocimiento las lagunas que habia en las instituciones, é indicándole de qué modo podria llenarlas. Para convencerlos mas y mas, les recordaron el disgusto á que se espuso dos años antes el Senado con querer quedarse atrás, cuando otros se anticiparon á los deseos del general Bonaparte, y para que no les ganasen por la mano, alegaron una razon muy espiciosa, que fué decir que exaltado el ejército hasta lo sumo en favor de su gefe, estaba dispuesto á proclamarle emperador, haciendo lo que los pretorios en Roma, escándalo que era preciso evitar en Francia á toda costa. Tambien manifestaron que hacer lo que ellos querian era imitar el ejemplo del senado romano, cuyo cuerpo se apresuró mas de una vez á proclamar á ciertos emperadores, para no recibirlos de manos de las legiones; y como si esto no fuese bastante, espusieron otra razon que no tenian necesidad de esponer, cual era la de que faltaba por repartir gran parte de las senadurías creadas cuando el consulado perpétuo, las cuales proporcionaban á cada senador una dotacion territorial, además del sueldo que



ya tenían. Esto sin contar los nuevos empleos que habia que repartir, siendo necesario por lo mismo ya que no podian oponerse á la elevacion del nuevo soberano, no esponerse tampoco á disgustarle. Debemos añadir sin embargo que habia razones no tan mezquinas como las anteriores, para que los senadores opinasen en favor de la monarquía, pues esceptuando una oposicion muy reducida que creó Mr. Sieyes, pero con la cual se indispuso porque todo le disgustaba, y que abandonó á gefes que no valian tanto como él, la generalidad de los senadores veian en la monarquía el puerto de salvacion á que debia ir á acogerse la revolucion.

Estas razones de indole tan diversa, convencieron á la mayoría del Senado, la cual decidió contestar al mensaje del primer consul de un modo significativo. He aquí el sentido de la contestacion que dieron.

Las instituciones que rigen en Francia son incompletas bajo dos aspectos; el primero, porque no hay tribunal que conozca del crimen de lesanación, y es preciso someterlo á una jurisdiccion insuficiente y débil: (todo el mundo pensaba entonces de este modo en vista de lo que estaba sucediendo en el tribunal del Sena, con motivo de la causa formada á Jorge y Moreau); y el segundo, porque el gobierno de Francia descansa en solo una persona, siendo esto una tentacion continua para los conspiradores, quienes creen que deshaciéndose de esa persona destruirán lo existente. Denunciemos, pues, al primer consul esta doble laguna, para que vea de llenarla, escitándole si es necesario á que tome la iniciativa.

El 6 de germinal (27 de marzo), á los dos dias de haberse presentado al primer consul las comisiones de que hemos hablado mas arriba, se convocó el Senado para que deliberase acerca del proyecto de contestacion, sin haberlo advertido antes el consul Cambaceres, que era el que por lo regular presidia aquel cuerpo, pues así lo dispusieron Mr. Fouché y sus amigos. Segun parece, tampoco lo supo el primer consul, á quien esperaban sorprender agradablemente, no pudiendo decirse lo mismo de Mr. Cambaceres, pues se quedó estupefacto cuando oyó leer el proyecto de la comision. Mostróse, sin embargo, impasible, y nada conocieron los infinitos senadores que tenían fija la vista en él, deseosos de saber hasta qué punto convenia todo aquello al primer consul, de quien le suponian confidente y cómplice. Así que concluyó la lectura, oyóse un ligero murmullo en una parte del Senado; pero á pesar de esto adoptóse el proyecto por una mayoría inmensa, no sin acordar que al dia siguiente se pusiese la contestacion en manos del primer consul.

Apenas salió de la sesion Mr. Cambaceres, resentido por que no le habian avisado, escribió al primer consul, que se hallaba en la Malmaison, una carta bastante fria, participándole cuanto acababa de suceder. El primer consul se trasladó á París para recibir al Senado, pero antes quiso tener una esplicacion con sus dos cólegas, mostrándose admirado de la precipitacion con que todo aquello se habia hecho y dando á entender que le habia cogido de sorpresa.—No lo he reflexionado bastante, dijo á Mr. Cambaceres, y necesito consultar, no solo á vos, sino á muchas otras per-

sonas, antes de tomar un partido De consiguiénte voy á responder al Senado que estoy deliberando, mas no quiero recibirle oficialmente, ni publicar su mensage, porque deseo que nada se sepa en la nacion hasta no haber tomado una resolución definitiva.

Convenidos en esto, aquel mismo dia recibió el primer consul al Senado, y contestó de palabra á sus individuos que les daba gracias por aquella prueba de adhesion, pero que tenia necesidad de deliberar maduramente acerca del punto sometido á su atencion antes de contestar de un modo público y definitivo.

Aunque el primer consul era testigo y cómplice en todo cuanto hasta entonces se habia hecho, casi vió anticiparse á otros en sus deseos; la impaciencia de sus partidarios escedió á la suya, y no estaba dispuesto á lo mismo que ambicionaba. De consiguiénte, no se publicó el acta del Senado, si bien era absolutamente imposible guardar silencio; pero como no se habia dado ningun paso oficial, siempre se estaba á tiempo de retroceder si se encontraba algun obstáculo imprevisto.

Antes de avanzar hasta el punto de no poder retrogradar, queria el primer consul asegurarse del ejército y la Europa, sin embargo de que en el fondo no dudaba ni del uno ni de la otra, pues sabia que el primero le queria bien, y la segunda le tenia miedo. Pero era un sacrificio cruel el que iba á imponer á sus compañeros de armas, quienes habian vertido su sangre en defensa de Francia y no de un hombre, querer que le aceptasen por soberano, y segun el efecto que causó en Europa la muerte del duque de Enghien, era un ac-

to de condescendencia muy singular, no ya pedir á todos los principes legítimos, sino exigir que reconociesen como á igual suyo á un soldado que acababa de empapar sus manos en la sangre de los Borbones. Así es que aun que era de esperar conseguiria una respuesta favorable, gracias á su inmenso poderio, era un acto de prudencia de parte del soldado en cuestion, tratar de asegurarse el general apoyo.

El primer consul escribió, pues, al general Soult y á los demás generales en quienes mas confianza tenia, preguntándoles su modo de pensar acerca del cambio propuesto, y diciéndoles que en cuanto á él no habia tomado partido alguno, porque esperaba enterarse de lo que fuese mejor para el pueblo francés, y queria consultar la opinion de los gefes del ejército antes de decidirse. Es claro que sus compañeros de armas no dudarian en decir que sí abiertamente; pero aquel era un modo de provocar protestas de adhesion que sirviesen de ejemplo, impulsando á los hombres tibios ó pertinaces.

Por lo que hace á Europa, aunque era probable en el fondo que se mostraria condescendiente, esto presentaba sin embargo mas de una duda. Hallándose como se hallaba Francia en guerra con la Gran Bretaña, no habia que pensar en ella para nada, y como tampoco podia dirigirse el gobierno francés á Rusia, porque esto hubiera sido faltar á la dignidad, si se tiene en cuenta la conducta que acababa de observar; solo faltaban España, Austria, Prusia y las potencias de segundo orden. España era hartó débil para que fuese á negar cualquier cosa que se la pidiera;